CORTÉS RODRÍGUEZ, Luis (2019): *El habla nuestra de cada día. 102 reflexiones sobre buenos y malos usos en nuestro idioma*. Almería: Editorial Universidad de Almería, Colección Humanidades n.º 67, 462 pp. ISBN 978-84-17261-66-5.

Heraclia CASTELLÓN ALCALÁ
Grupo ILSE (España)

Poca discrepancia suscitará el reconocer el *Quijote* como modelo insuperable no solo de prodigiosa creación literaria, sino también de uso del idioma. Pues en este magnífico referente se ha sustentado en parte el profesor Luis Cortés para desgranar su vigilante observación sobre los usos y abusos actuales que en nuestra lengua se producen. Y este mesurado escrutinio se emite desde la abierta atalaya de las páginas de la prensa escrita, con lo que su alcance es mucho más amplio que el que obtendría de tratarse meramente de la edición de un estudio especializado. Y, por supuesto, más operativo si se desea que el propio hablante calibre si el empleo de un determinado término o construcción constituye un acierto o un desafuero. Se trata de la compilación de un centenar de artículos periodísticos publicados entre 2009 y 2013 mayoritariamente en un medio local, *La Voz de Almería*, enmarcados en la columna *El español que hablamos*; también hay algunas columnas publicadas bien antes o bien más recientemente, o aparecidas en algún otro medio. Este trabajo ha contado con dos ediciones anteriores, tanto en versión impresa (2011) como digital (2013), si bien es la versión actual –revisada y puesta al día– la que da cabida a un mayor número de artículos, ciento dos. Y meses después de que este libro viese la luz, el autor continúa esta prolífica línea de trabajo, y ya se cuenta con nuevas aportaciones en la prensa reciente.

Esta fórmula textual, la de artículos para el público lector general que versan sobre la lengua y el habla de sus usufructuarios, de sus hablantes, ha sido cultivada por ilustres lingüistas de la talla de Lázaro Carreter, cuyas entregas desde 1975 de su sección *El dardo en la palabra* en el periódico *El País* –antes en el diario *Informaciones*– han dejado una estela imborrable; por estudiosos como el Marqués de Tamarón (*El guirigay nacional*, en el *ABC*), así como otras firmas de autores afanados en velar por la calidad del idioma nacional. Un nombre bien conocido es el del periodista Álex Grijelmo, divulgador mediático de cuestiones idiomáticas; en realidad, son muchos los nombres de autores de este género que se podrían citar, y a

algunos de ellos se mencionan en el libro. Como precedente notable es estas lides ha de señalarse la figura del académico Julio Casares, algunos de cuyos artículos periodísticos están recogidos posteriormente en sus libros *Divertimentos filológicos* (1947) y *Cosas del lenguaje* (1961). En todos estos autores late el impulso de salvaguardar el común bien de la lengua, que el poeta y filólogo eminente Dámaso Alonso (1978) exaltaba así:

Maravilla práctica, tesoro de la mina literaria nuestra lengua y todas las lenguas de cultura. Todas en un nivel aproximadamente igual. Porque la nuestra, el español, es, sin duda, superior en algunos aspectos, por ejemplo, al francés o al inglés; pero en otros es evidentemente inferior a esas mismas lenguas. El orgullo de nuestra lengua tiene que ser sólo una parte de un entusiasmo general que todos los hombres del mundo debemos sentir: la exaltación del don divino de la palabra humana. A tal gozo corresponde un deber: el de la conservación y defensa de ese tesoro.

Este centenar de columnas periodísticas de Luis Cortés se presenta agrupado en ocho apartados temáticos, no cronológicos. El primero, *El bien hablar*, acoge las relacionadas con los elementos que confieren valor al habla, así como con mecanismos discursivos tales como la cortesía o la argumentación. El segundo versa sobre *Lenguajes especiales*, en tanto que el tercero censura *Malos hábitos en el habla de todos los días* y el cuarto se ocupa de *La ortografía y algunos empleos deficientes*. El quinto se acerca a una variedad dialectal del español, *Los andaluces y sus hablas*; el sexto, por su parte, aborda la relación *Lenguaje y sociedad*, para dedicar los dos últimos a aspectos ligados a la enseñanza y estudio de la lengua: el séptimo trata *Sobre la enseñanza de la lengua española*, y el octavo y último ofrece *Herramientas para el buen uso de nuestra lengua*. Con todos ellos su autor, filólogo y docente, desea «enseñar un poquito y entretener otro tanto» (p. 18), para lo cual la elección del marco de referencia de las citas –de la edición de Castalia– y la recreación de los diálogos cervantinos, el soporte del genial fondo quijotesco, no puede sino añadir atractivo e interés al empeño. La brevedad del formato contribuye también a ese propósito, y su extensión media –algo más de dos páginas– favorece una lectura fluida que no se demora en fatigosos apuntes que poco aportarían al lector medio del periódico.

El bloque *El bien hablar*, que con dieciocho es uno de los que más artículos incluye, se detiene, por ejemplo, en la crítica de los manuales para aprender a hablar en público, que suelen desatender en sus consejos lo relativo a la lengua para centrarse más bien en las pautas para la exposición oral. En este apartado resuenan por vez primera los diálogos entre don Quijote y Sancho, cuyas sustanciosas conversaciones nos acerca el autor para recomendar, por ejemplo, respetar el turno de habla o evitar hablar a gritos. De especial utilidad y pertinencia puede ser que se formulen los cuatro principios del *bien hablar*: corrección, claridad, eficacia y adecuación, al tiempo

que se repara en las faltas más frecuentes que se cometen. Así, varias columnas se detienen a ilustrar y desarrollar estos conceptos, a allanar las pautas retóricas al lector general, para quien sin duda es de utilidad disponer de prácticas recomendaciones acerca de cómo organizar lo que quiere o ha de decir, especialmente si es en público: no andamos muy sobrados de conocimientos retóricos, la oratoria no es hoy día disciplina académica, como sin duda se puede fácilmente comprobar... De ahí que acercar a un público amplio un fragmento de Castelar, convenientemente comentado, sea un acierto indudable, como también lo es esparcir airosa y diestramente citas de Platón, Quintiliano, Montaigne... o desentrañar las máximas griecanas de la cortesía al no avezado.

Lenguajes especiales, el segundo bloque, es el más nutrido, con veinticuatro columnas, que se centran fundamentalmente en los lenguajes jurídico, político y publicitario. En el primero, sobre todo, pone el énfasis en sus perniciosos usos –farragoso estilo, gerundios incorrectos–; hacer explícitos en un medio general de comunicación los fallos de cierto tipo de mensajes reviste una importancia muy señalada: es una forma certera de que sus usuarios los conozcan y de que sean conscientes de ellos; combinar, como aquí se hace, el carácter admonitorio con la amenidad y el humor ha de redundar en una mayor eficacia y atención a lo que se indica. Del lenguaje político Cortés subraya el uso de repeticiones, de construcciones reiterativas, en particular, enumerativas (que en trabajos previos él tiene estudiadas y descritas); pero también las estrategias de ocultación de la realidad, «enmascaramiento lingüístico» (p. 129), para lo que cita el ejemplo antológico de eufemismo del presidente Rodríguez Zapatero, quien en una intervención parlamentaria del 2008 rehuyó esforzadamente la mención del término *crisis* a través de catorce sintagmas sustitutorios, en un alarde de talento –y talante– designativo: *coyuntura económica claramente adversa, situación ciertamente difícil y complicada, brusca desaceleración, ajuste, empeoramiento, escenario de crecimiento debilitado...* No renuncia el autor, sin embargo, a asumir la faceta puntual de analista político, siquiera sea para lamentar la poca presencia que a la cultura se otorga en los discursos de los principales líderes políticos, en concreto en un escenario parlamentario tan señalado como son los debates sobre el estado de la nación, debates que, por otra parte, también constituyen objeto de atención y análisis en algunos de estos artículos, fruto sin duda del riguroso estudio que sobre ellos viene realizando Luis Cortés. Sobre estos discursos –pero también como práctica habitual–, señala la mengua comunicativa que supone el que sean más leídos que hablados, pues pierden de ese modo «conexión física, emocional y racional con los oyentes» (p. 176).

En el tercer bloque, *Malos usos en el habla de todos los días*, que consta de once artículos, Cortés lleva la atención hacia algunas de las debilidades

frecuentes en el lenguaje oral, como la sobrecarga de expletivos, o también provee a los lectores de fórmulas hábiles para evitar, por ejemplo, dequeéismos... El humor y las referencias cultas arropan cada una de las explicaciones; véase muestra de lo primero en la columna en que se recrimina la enfadosa proliferación de ciertas fórmulas coloquiales, tales como *¿sabes lo que te digo?*:

Tras su audición, los interlocutores, generalmente, responden dando su asentimiento o se decantan por un prudente silencio. Cierto es que, en la mayoría de las ocasiones, lo único que nos apetecería contestar es algo parecido a: «¿Pero cómo no voy a entender lo que dices si es de sentido común?» (p. 215).

De parecido tenor es el reproche a la sobreabundancia de la muletilla *¿vale?* (p. 216):

La audición de tal partícula resulta ya realmente desagradable cuando adquiere un tono chulesco y amenazador. La persona que la emite, ignorando su mal estilo, aparenta sentirse orgullosa de su opinión y la apostilla con este *¿vale?*, paladín de tan preclaro juicio. Su utilización empequeñece a quien la dice a la par que ennegrece su forma de hablar.

Con respecto a la riqueza de referencias cultas esparcidas a lo largo de los artículos, también se puede comprobar en estas líneas, entre cientos de ejemplos: «Decía Virgilio que nunca teníamos que inclinarnos ante la adversidad, sino que era necesario siempre oponerse audazmente a ella» (p. 198). Es muy destacable la habilidad de que hace gala en la aplicación de las convenciones establecidas para este subgénero discursivo, la columna periodística o artículo de opinión, en particular en lo relativo a dotar de especial interés y garra expresiva los inicios y finales de los textos: cómo podía ser de otro modo, cuando el libro encierra tanta información para difundir el saber discursivo y las destrezas argumentativas.

El siguiente bloque, *La ortografía y algunos empleos deficientes*, agrupa dieciséis artículos dedicados a asuntos como los términos de doble acentuación, los chirriantes deslices ortográficos perpetrados en la esfera pública, algunas normas de puntuación no suficientemente conocidas, así como una serie de artículos sobre la rematadamente torpe transcripción de conversaciones telefónicas intervenidas en un determinado proceso judicial. Algunos de los casos que reproduce causan auténtico sonrojo, precisamente por proceder su autor/a de las elevadas esferas del poder. Para que estos casos de ignorancia lingüística no cundan, Cortés da cumplida cuenta y razón de las normas con que nuestra lengua está dotada; en este caso, remite a la pertinente obra de la autoridad académica, la *Ortografía de la lengua española* de 2010.

Los andaluces y sus hablas es el asunto del quinto bloque, integrado únicamente por cuatro columnas, uno de los menos extensos. Se toma nota de los antiguos prejuicios que tildaban de bajas o incorrectas las formas andaluzas de hablar con respecto a las del centro y norte, la norma castellana. Apoyándose en los grandes nombres de la dialectología, el profesor Cortés afirma algo incontrovertible: las hablas andaluzas, siempre que sigan la norma culta de la zona, son tan modélicas como cualquier otra, por lo que no hay que esconderlas ni disimularlas, pero tampoco, obviamente, exagerarlas forzada y artificiosamente.

Lenguaje y sociedad, sexto apartado, presenta una serie de trece artículos, y se adentra con autorizada resolución en terrenos polémicos; pongamos el caso del machismo en la lengua, más específicamente en el diccionario académico, o de la extendida confusión entre género y sexo (controversia a la que se dedican cinco artículos). A este respecto, aclara el autor que hay que distinguir entre la sociedad y las convenciones del código lingüístico (p. 324): «Estas no son reflejo de esa ni de ninguna sociedad», y todo parte de «la peregrina idea de que el masculino no puede ni debe incluir al femenino»; aquí, por el contrario, se deja claro el rechazo a los desdoblamientos lingüísticos, tal como la Academia, a más de prestigiosos lingüistas, recomienda. Interesa especialmente el artículo en que informa sobre algunas notas descriptivas caracterizadoras del lenguaje femenino, al tiempo que remite a una publicación de Estrella Montolío (2010), *Jo, directiva. Estrategias de comunicación para mujeres directivas*. En otro ámbito, es muy ilustrativa –y de muy jugosa lectura– la aclaración de la procedencia del sentido de numerosas expresiones, dichos, refranes, para lo que remite también a la correspondiente publicación de Iribarren (1994), que se remonta al origen de tales construcciones (anécdotas, costumbres, citas históricas). Precisamente, al respecto de la llamada «sabiduría popular», el profesor Cortés cuestiona esa supuesta sabiduría en lo que se refiere a una nefasta ristra de refranes que desprenden un machismo insultantemente atroz; de «consejos bárbaros» los tilda Cortés (p. 353).

Sobre la enseñanza de la lengua española, penúltimo bloque, es el más ligero de elementos, pero de gran calado; solo dos columnas son las que abordan esta cuestión. Aparece aquí planteada sin rodeos la cuestión del nombre que nuestra lengua recibe, *lengua castellana*, tanto en la Constitución como –a partir de ella– en la denominación de la correspondiente materia académica en los planes de estudios promulgados desde la LOGSE (*Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo*, 1990). El rechazo a esta denominación no puede ser más argumentado y contundente: ninguna razón, en el plano lingüístico, justifica la elección del adjetivo *castellana*; son más bien criterios políticos los que condujeron al desaguisado terminológico cometido, impropiedad contra la cual en esta columna se aportan sobradas

explicaciones más que autorizadas y referencias de peso; arguye Luis Cortés contra esta decisión la evidencia de que el castellano es la variedad hablada en Castilla, no en el resto de zonas hispanohablantes: «Tendríamos que hablar de *lengua española* que, además, es la que los andaluces sabemos hablar» (p. 375).

Sobre herramientas para el buen uso de nuestra lengua recopila los últimos catorce artículos. Propugna la consulta de los diccionarios de dudas –en particular, del académico *Diccionario panhispánico de dudas*, como es lógico– y celebra la elaboración de los libros de estilo, entre los que elogia el de Canal Sur Televisión, de 2004. Anima a los lectores, igualmente, a conocer el espléndido trabajo en el cuidado del idioma de la Fundación del Español Urgente, *Fundéu BBVA*, a la que aconseja suscribirse (<www.fundeu.es>) para recibir vía correo electrónico sus recomendaciones diarias.

Hay muchos aspectos destacables en este libro: su amenidad conjugada con el rigor y la precisión, su variedad de temas, el nutrido repertorio de ejemplos y anécdotas..., pero es destacable sobre todo que ese conjunto de conocimientos se haya puesto al alcance de un amplio destinatario, de un público general, al que se acerca sin esfuerzo a considerar su propio empleo del lenguaje. Es bien conocida la labor investigadora del profesor Cortés, y sus resultados, pero ponerla a disposición del lector no especializado, y que así este pueda ponderar si incurre en abuso de expletivos y muletillas, si el habla de los políticos adolece de determinados modos perniciosos –vaguedad, oscuridad semántica–, o si con justicia puede reprimir a las instituciones públicas el fracaso y la torpeza de sus mensajes, conseguir todo eso, en suma, es digno de especial mención. Atender a la buena salud y lozanía del lenguaje es tarea de todos, no solo de quienes asisten a congresos y elaboran artículos y ponencias; llevar a la gente de la calle lo que en congresos, artículos y ponencias se expone es una iniciativa del todo afortunada. Y para intentar enlazar con el tono tantas veces empleado en el libro, valga aquí también una cita extraída del *Ingenioso hidalgo*, del célebre capítulo «del donoso y grande escrutinio» que cura y barbero hicieron en la librería de don Quijote, en que destacan las cualidades de un libro, y por ello se salva de la quema: «Las razones, cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento» (*Quijote* I, cap. VI). Sin duda *El habla nuestra de cada día* merece también el juicio más que favorable de los lectores.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Dámaso (1978): *Discurso en el Premio Cervantes*. <<http://www.rtve.es/rtve/20141017/discurso-damaso-alonso-premio-cervantes-1978/1031671.shtml>>.
- CANAL SUR TELEVISIÓN (2004): *Libro de estilo*, RTVA.
- CORTÉS RODRÍGUEZ, Luis M. (2015): *Análisis del discurso político. Consideraciones acerca de los debates en torno al estado de la nación*, Almería: Universidad de Almería.
- IRIBARREN, José María (1994): *El porqué de los dichos*, 6.^a edición, Pamplona: Gobierno de Navarra.
- MONTOLÍO, Estrella (2010): *Jo, directiva. Estrategias de comunicación para mujeres directivas*, Barcelona: Generalitat de Catalunya, Departament de Treball.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2005): *Diccionario panhispánico de dudas*, Madrid: Santillana.
- (2010): *Ortografía de la lengua española*, Madrid: Espasa Libros.